

# *Rheinsberg*

Un álbum de imágenes para enamorados





... Esto comienza tras la plenitud del amor, no antes.  
En ese momento, las almas despliegan toda su potencia, no antes.  
Entonces comienzan la batalla completamente armadas, no antes.  
Ahí están las personalidades en el mismo campo de batalla, no antes.  
Ahí se presentan las barreras entre personas, solo entonces, no antes.

ALFRED KERR

Cansado y coronado de flores se tiende el verano sobre la hierba.

HEINRICH MANN



Realmente la aventura no comenzó hasta que se bajaron en Löwenberg. El tren expreso, largo y oscuro, descansaba en la vía bajo el techo de madera que cubría el apeadero; atravesaron un paso subterráneo, y una vez arriba, a plena luz del sol, se encontraba el trencito que, rígido y juguetón, parecía como si estuviera hecho de madera.

Se subieron.

—¿Claire?

—¿Wolfgang?

—Parece que el tren va a estar parado aquí durante bastante tiempo... ¿damos un pequeño paseo?

—¡Siéntate y cógeme la mano! Va a arrancar de un momento a otro.

El tren dio una sacudida y empezó a traquetear con parsimonia a lo largo de huertos plantados de lechugas; muros de granjas... El horizonte resplandecía de un blanco deslumbrante... ¿Acaso no era aquel paisaje de una gran belleza? En absoluto: había grupos de árboles sin carácter, la tierra se ondulaba en la lejanía, escondía un bosquecillo y mostraba otro... En el fondo uno se alegraba de que todo estuviera allí... La pequeña locomotora resoplaba y silbaba enojada, pero a través del humo de carbonilla sonaba melodiosamente, como el repicar de una campana de iglesia en medio de una tormenta.

—¡Wolf, la guía!

La habían dejado en el tren expreso... Él se la había dejado olvidada en el expreso. De repente el tren se paró en plena

ruta; se había detenido en medio del bosque. Se asomaron por la ventanilla. Los ferroviarios volvían atrás corriendo y llevando unas palas: la locomotora debía de haber soltado alguna que otra chispa y habría provocado un pequeño incendio...

—Quiero colaborar en la extinción.

Rodó por la pendiente arenosa y los viajeros se rieron. Claire desde arriba puso los ojos en blanco.

—¡Tenías que...!

Regresó todo cubierto de polvo, sonriente y feliz. Pero, al menos, se había activado. Regresaron los ferroviarios, subieron, y el tren se puso de nuevo en movimiento...

—Realmente...

—¿Qué?

—Me resulta divertido. Figúrate, mi papá y mi mamá están ahora sentados en la oficina o atravesando la ciudad y creen que su hijita está a salvo en el regazo de su fiel amiga que se preocupa por ella. Bien es verdad...

—Bien es verdad, ¿qué?...

—Bueno, sí, que te preocupas ejerciendo tutela sobre mí...

Hacía ya tiempo que el cazador de al lado se reía para sus adentros. Estaba allí sentado, vestido de verde, cargado, grave y bronceado. Cuando se le miraba, se tenía la sensación de esas mañanas tempranas y húmedas, cuando un hombre tantea por el bosque semioscuro y huele fuerte y bien... El pequeño agujero redondo de la escopeta asoma negro y oscuro en el aire de manera inquietante: pequeñas balas saldrán volando, el ciervo al que apuntarán mañana puede que ahora esté corriendo al manantial con sus compañeros, y que después de beber desaparezca graciosamente en el bosque... El cazador se levantó, se cargó una pipa y dijo al salir: «¡Tiempo de veda, joven, tiempo de veda!», y riendo se marchó con pasos sonoros.

El compartimento se llenó con sus gritos, que tenían que ahogar los ruidos chirriantes y metálicos.

Era difícil hacerse entender:

—... el sol sobresalga por el país...

—¿Cómo? ¿El sol cabalga por el país?

—No... el sol sobresalga... país... Mira: ¡una acacia! Una acacia en flor, todas las acacias están en flor.

—¡No es una acacia, es una magnolia!

—¡Pero bueno!, ¿quién es el que de nosotros dos sabe de botánica? ¿No soy yo?

—¡Es una magnolia!

—Cariño, debería lamentar no poder conformarme con un estacazo en toda regla contra usted. Todas las características fundamentales de la acacia se evidencian en el caso de estos árboles.

—¡Te digo que es una magnolia!

—¡Por Dios, Claire! ¿No ves esas hojas típicamente ovales, esos blancos tallos de la flor, pequeños y en forma de uva? ¡Chica, qué cosas tienes!

—Pero... Wolfi... donde esté una magnolia...

Ella se ahogó en besos.

A continuación pasó a imitar a una campesina, que en la última estación se había arremangado la falda y de pie con las piernas abiertas se había sonado la nariz con su segunda enagua. Claire demostró ser muy hábil al hacerlo.

Por fin habían llegado.

Resultó que el hotel, que ya les era familiar gracias a un anuncio que colgaba en el tren y en el que se ponderaba su esmerada cocina, estaba allí esperándoles representado por un carruaje, dos caballos y un criado. Este hombre tuvo que hacerse cargo del equipaje que había sido cuidadosamente facturado en Berlín: dos diminutas maletitas. Fueron cargadas y los viajeros se montaron. Los dos se acomodaron sobre el mullido asiento tapizado en hule negro, ya algo desgastado; las ventanas chirriaban y los dos se ayudaban para entenderse con mo-

vimientos de las manos. Iban solos en el carruaje y la carretera estaba polvorienta y desierta. Durante unos cientos de metros permanecieron sentados muy formalitos, pero ya en la esquina que formaba la propiedad del hacendado Johannes Lauterbach con la de la oficina de Correos, se enzarzaron en una fuerte discusión sobre qué maleta despertaría más sospechas debido a su pequeño tamaño. Llamaban a aquellos artículos de viaje «cerdos navegantes»; Claire retorció las manos y decía que Wolf era la deshonra personificada. Ella, por el contrario, estaría manteniendo el decoro. No dejaban de charlar y Claire lo hacía más acaloradamente. Su alemán estaba un poco fuera de carril. Se había inventado un lenguaje que, en principio, recordaba el idioma con el que los niños pequeños intentan establecer sus primeras conexiones fonéticas con el mundo exterior; arrastraba las palabras hasta el punto de que quedaban medio irreconocibles; aquí omitía una «T», agregaba una «S» allí, cambiaba todos los artículos y nunca se sabía si le gustaba burlarse de la incongruencia de una frase o burlarse de los demás. Era difícil creer que fuera estudiante de Medicina, como pretendía, pero era cierto. No dejaba de actuar, y por momentos daba apariencia de realidad a cualquier figura viva o imaginada.

El coche se detuvo. Conversación mientras se bajaban:

—Cuidado, señorita, ¿dónde está la maleta con el dinero falso? Ah, ahí está.

El criado se quedó boquiabierto y con la mirada atónita...

Amablemente, el viejo posadero los acompañó a una habitación en el primer piso. Era una habitación desnuda, sencilla, con floreados papeles pintados. Había dos camas de madera en ella, un gran lavabo, un jarrón con un ramo de flores artificiales... En la pared colgaban dos cuadros: «Conquista de Inglaterra por los normandos»; en un marco idéntico y colgado simétricamente, «El 70 cumpleaños del abuelito». La puerta se cerró. Estaban solos.

—¿Claire?

—¿Wolfgang?

—Pues que ahora no sé si olvidé la llave de la maleta en casa...

—*My honeysuckle*<sup>1</sup> —y ella le estampó con fuerza un beso en la boca; su rostro resplandecía de manera vengativa y maliciosa, y lo apartó de sí:

—Vaya, este jovencito tenía que olvidarse de todas las cosas. Ay, ay, ay... —No se sabía si aquellos sonidos imitaban a una madre que estuviera meciendo o algo completamente diferente.

—Ponte a desempaquetar, torbellino mío.

Suspirando profundamente, se pusieron a deshacer el equipaje y a colocar las cosas.

—Bien, ya estoy lista. Enseguida me peino y luego salgo a caminar. ¿Y tú? ¿Crees que habrá osos por aquí? Una vieja tía mía casi fue...

—¿Despedazada por un oso?

—¡No! —Se indignó—. ¿Es que he dicho yo eso? Solo quería decir... Pero bueno, tú protégeme, ¿quieres?

—Te lo prometo...

—¡Bueno!

De nuevo todo estaba en un gran silencio. Claire se sentó y miró con determinación el agua verduzca y sucia.

—Eso déjame a mí; ya se te dirá lo necesario a su debido tiempo.

El estilo de la conversación estaba, en general, distorsionado por ambas partes. A menudo se decían cosas que no encajaban del todo, solo para poder usar esta o aquella frase que irritara al otro y hacerle perder el equilibrio.

Descendieron...

\*

Pasaron por la plaza del mercado, plantada de vetustos árboles muy bajos, sombreada y tranquila. Por una puerta de hierro forjado entraron al parque. Allí estaba todo muy tranquilo. En la sencilla construcción de color blanco del palacio estaba martilleando un artesano. Atravesando el patio volvieron de nuevo al parque; de nuevo reinaba el silencio.

Los ruidos de la gran ciudad, de los tranvías, de las conversaciones aún tronaban y agitaban su interior; era el ruido del viaje, el ruido de su vida diaria que ya no podían oír, pero que sus nervios tenían que vencer y que, sin que ellos se dieran cuenta, les arrebatara cierta cantidad de energía vital... Pero ahora todo estaba tranquilo; el silencio parecía paralizarlos, como cuando de repente cesa un ruido regular y prolongado. Estuvieron largo tiempo sin hablar, dejando que los senderos sombreados de la pacífica zona del lago y los árboles les tranquilizaran... Como todos los habitantes de la gran ciudad, admiraban enormemente un simple arbusto, sobresestimaban su belleza sin sospechar la dimensión práctica de todo el medio rural que los rodeaba; veían las cosas tal vez de manera tan unilateral como el campesino, solo que desde la otra parte. Bien es verdad que allí, en Rheinsberg, los objetos no requerían una gran cantidad de conocimientos prácticos; después de todo, uno no estaba en una finca que tuviera que cultivar. Llegaron a la orilla de un segundo lago. Un banco. Silencio.

—¿Wolfgang?

—¿Claire?

—¿Crees que aquí habrá osos? Una vieja tía mía casi...

—¿Fue despedazada por un oso?

—¡No! —Ella se indignó—. ¿He dicho yo eso? Solo quería decir... Pero tú me vas a proteger, ¿verdad?

—Te lo juro.

—¡Bueno!

De nuevo todo estaba en silencio. Claire se sentó allí y miró con determinación el agua verde y sucia.

—Oye, una cosa: ¿por qué aquí el segundo Federico<sup>2</sup> no está por todas partes? Al igual que está por todas partes en Sanssouci. ¿En cada camino rastrillado, en cada seto, detrás de cada estatua? Él ha vivido aquí. Bien. Si no lo supieras, ¿tú lo notarías?

—No. Quizá se tenga que ser más viejo, más poderoso para poder moldear el mundo a la propia imagen... ¿Quién es hoy como fue el viejo Federico? Nuestras viviendas, ¿acaso parecen como si pertenecieran única y exclusivamente a su propietario?... ¡Mira, un pájaro carpintero! ¿Lo ves? ¡Un pájaro carpintero!

—Wolfi, no es un pájaro carpintero. Es una lechuza común. Él se paró. Con énfasis:

—Tengo un fino olfato para ello y me da que estás intentando burlarte de mí. Si mi suposición se convierte en certeza, te tumbo de un puñetazo.

Su risa resonó entre los abetos.

\*

¡El palacio!... Había que visitar el palacio. Entraron en el patio donde resonaron sus pasos y tiraron de una barra de latón con un mango blanco de porcelana. Sonó una pequeña campana. Desde una ventana: «¡Ya va!». Una puerta sobre la pequeña escalera se abrió y de momento no salió nadie; luego se oyeron unos pasos y finalmente el corpulento castellano hizo su aparición en el patio. Cuando vio a los visitantes, hizo algo sorprendente. Se presentó.

—Soy el señor Adler. El castellano.

Le agradecieron el honor y se presentaron como la pareja Gambetta de Lindenau. Los recuerdos históricos parecían con-

mover a aquel hombre gordo, que torcía los labios, aunque permanecía en silencio. Luego:

—Bien, vengan ustedes por aquí detrás, es el camino más corto. —Y abrió una puerta de madera que conducía a una oscura escalera de piedra. Subieron con dificultad la empinada escalera. Arriba, en el suelo de una antigua antesala, había zapatillas de fieltro marrón esparcidas por todas partes, de todos los tamaños, para grandes y pequeños, veinte, treinta: uno podría pensar en algún cuento de hadas, en que tal vez un hada las hubiera desparrramado allí, o en que una olla de los deseos hubiera fallado de nuevo y se hubiera desbordado...

Claire afirmó que no las habría *tan* pequeñas...

—¡Ale! —dijo el señor Adler—, adentro; aunque les queden un poco holgadas, no importa.

Él, sin embargo, no estaba obligado a usar aquellas zapatillas porque, por regla general, siempre calzaba pantuflas de fieltro.

Las habitaciones a través de las cuales los iba guiando estaban amuebladas de forma sobria y austera. Las sillas arrimadas a las paredes estaban bien alineadas. Lo que faltaba era la sutil irregularidad que hace que una habitación resulte hogareña; aquí todo estaba en ángulo recto entre sí... El señor Adler explicó:

—Y aquí tenemos la llamada habitación del príncipe, y el galgo dormía en esa canasta... Quizá sepan ustedes...

—Y pensar, Claire, que algún día un guía también guiará con boca elocuente a enamorados a través de tus habitaciones.

—¡Gracias a Dios! ¡Bien podría! En nuestra casa todo estaba fetén.

A continuación el señor Adler dijo que aquellos eran jarrones chinos y que el joven conde Schleuben los había traído de su viaje a Asia.

—Y aquí —entramos en otra habitación más alta—, aquí estaba la sala de pinturas. Los cuadros habían sido pintados

por el célebre Pesne<sup>3</sup>, y estaban tan exquisitamente trabajados que seguían con la mirada al honorable visitante a todas partes. ¡Solo había que hacer la prueba una vez! —El señor Adler iba revelando estos hechos poco a poco, como si fueran secretos. Era como si siempre estuviera asombrado de que sus palabras no tuvieran mucho impacto en los visitantes. ¡Santo Dios, la Claire! Claire había empezado a preguntar al castellano. Wolfgang quiso detenerla, pero ya era demasiado tarde.

—Dígame, señor Adler, ¿cómo sabe usted todas estas cosas del castillo y demás?

El señor Adler derivaba su conocimiento de su predecesor, el señor Breitriese, quien a su vez lo había obtenido del entonces archivero Brackrock.

—Además, otra cosa que quería preguntar es, señor Adler, si antaño hubo aquí cuarto de baño.

—No, pero tenemos uno abajo si está interesada...

Le dieron las gracias. El señor Adler, que al final les había señalado una miniatura, regalo de la gran duquesa Sofie de Rusia, se quedó de repente en un abrupto silencio. Y solo después de que las monedas de la propina le tintinearán en la mano miró la ventana y dijo, un poco distraídamente:

—Este es un palacio venerable. Conservarán ustedes el recuerdo toda la vida. También vale la pena ver el reloj de sol del jardín.

Claire no dejó de pellizcar un poco a Wolf, y, pasando por delante del apartamento del castellano, que olía a coliflor, salieron al aire libre.

\*

Por la tarde dieron una vuelta por el lago. Él remaba y ella iba al timón mientras, de vez en cuando, amenazaba con hacer infeliz a su vieja y gris familia; que estaba harta y que se tiraría al

agua. De todos modos, él iba a volcar la barca pronto. Pero no, desembarcaron en una pequeña isla. En ella había algunos árboles. Se tumbaron en la hierba... Un viento fresco soplaba desde el lago. Los perfiles de la orilla dibujaban suavemente curvas; la superficie, de un azul claro, lucía sin brillo...

—*Mira tú, mi monito*, ahora esta es tu casa. Di: ¿morirías por ella?

—Mujercita, tienes por escrito que solo iré a la muerte por ti. No confundas los términos. El *amor patriae* no debe equipararse con el «amor» como tal. Los sentimientos son diferentes.

—Bueno, me conformo.

Y, después de un largo soñar a cielo abierto —tan brillante tan brillante que el fulgor centelleante les bailaba ante los ojos—, uno lo miraba despaciosamente:

—Wolfi, ¿amaste a alguien antes que a mí?

—¡Nunca!

Se sentía un cierto cosquilleo al burlarse del anhelo de los ciudadanos, de lo que ellos llamaban amor, de su ambición de ser siempre los primeros... Ninguno de los dos era un experto al respecto.

Llegaron voces, eran botes de remos con familias que querían desembarcar allí y hacer pícnic. Enormes cestas de latón con provisiones amenazaban como cañones su pacífico campamento... ¡Vámonos y lejos!

En medio del lago:

—¡Oye, tú también deberías *haberme de dejar remar 'na vez! Mi me gustaría, ¿va?*

—Por favor, rema.

Se cambiaron de sitio y el bote se tambaleó. Ahora era Claire la que remaba. Fue un placer. En cierto momento perdió ambos remos. Él tuvo que remar con el bastón. Por fin cogieron los remos que se habían alejado flotando en el agua.

—Puedo hacerlo muy bien. Podría también sin remos, ¡sí, podría! ¡No te rías, granuja! ¡Como si no tuviera razón, bah!

Y remó hasta que empezó a resoplar y jadear como una pequeña máquina de vapor asmática. El sol se estaba poniendo cuando atracaron. Él pagó. Claire se puso a charlar con la dueña del alquiler de las barcas. Él oyó lo siguiente:

—Bien, unos tipos muy fornidos los de aquí, ¿no?

—*¡Cha, señorita, no se nos da mal ahuyentar a nuestros muchachos!*

Todavía se estaban riendo cuando llegaron al hotel.

Qué pacífica estaba la tarde; se sentaron bajo los árboles oscuros y de poca altura, y esperaron a que llegara la hora de comer.

—¿Claire?

—¿Wolfgang?

—Me siento un poco...

—Estupendo, chico.

—¡No! En serio, no me siento bien del estómago.

—Eso es el cólera. Espera hasta que comas algo.

—No, escucha, tengo una sensación como de vacío, tan...

—Típico. Eso es precisamente... es característico. Te estás muriendo, Wolfi.

—¡No parece que el tuyo sea un amor acendrado! Primero te dejo que estudies Medicina, y ahora ni siquiera quieres auscultarme con el estetoscopio.

—Santo Dios, ¡de verdad! ¿Qué significa eso? ¡De verdad! Después de todo, quién...

Pero ella le acompañó a la farmacia, decorada en color marrón claro, muy moderna y funcional. En los estantes se alineaban latas blancas y un botamen de porcelana; un ligero olor a valeriana impregnaba el local. Aquí, después de una consulta detallada y una charla afable con el oficial de farma-

cia, se le entregó al paciente un frasquito con un líquido color marrón oscuro. Gracias a Dios, hizo efecto.

A continuación cenaron y, después de cenar, Claire se puso a fumar. En la otra parte de la casa estaban sentados los notables, a quienes todo el que llega suele considerar importantes. Juristas, funcionarios, el farmacéutico, quien, rompiendo el secreto profesional con referencia a ellos dos, provocó sonoras carcajadas en el pequeño grupo.

—¡Salud, Wolf, brindemos por esos viejos!

—¡A su salud!

Sonaron los vasos y los clientes de la otra parte que estaban cenando en una larga hilera de mesas junto a la casa iluminada giraron la cabeza. Claire exhaló el humo haciendo anillos.

—Es una insolencia descarada —decidió ella.

—¿Y?

—Venir hasta aquí. ¡Si nadie se da cuenta! Que nadie se da cuenta... descuida que nadie se da cuenta.

—*Ne quis animadvertat!*<sup>4</sup> Salud.

—¿Sabes una cosa?, prefiero viajar con un circo de pulgas *como* contigo.

—*Que, Claire; que* contigo.

—¡Santo Dios, sería mejor que *no me corrigieras el uso que tengo tenido!* ¡Yo te hablo en perfecto alto alemán!

—Hum... Los expertos saben cómo cantar una cantata. ¿Quieres beber algo más?

—*¿De si* todavía bebo *quién?* *Nee.*

—Creo que podríamos pasear todavía un poco, ¿va?

Callejearon sin rumbo por el lugar, ya a oscuras. Después de largos y negros tramos de casas apareció una lámpara de arco, alrededor de la cual zumbaban manchas marrones. Insectos que querían llegar a la luz.

—¿Claire?

—¿Wolfi?

—¿Ves esos animales allá arriba?

—Sí.

—Pues igual el hombre.

Ella se quedó parada.

—Expícate, por favor.

—Como ese ser vi...

—Por favor, lo que *haiga que* simbolizar aquí me lo simbolizo sola yo. De todas todas tienes que irte a dormir. Hablas muy... diferente. ¿Tengo que cogerte en *bacitos*?

—¡Amorcito!

Pasaron ante oscuras contraventanas y largos muros; las familias estaban sentadas detrás de las cortinas iluminadas con un tono rojizo y jugaban a las cartas... De repente entraron a un patio, tropezaron con algunos adoquines y miraron a través de una ventana al interior de una sala.

Dentro estaban representando una obra de teatro.

Del escenario solo se podía ver un pequeño ángulo iluminado por una luz amarilla; pero se podía oír todo. «Ajá», exclamó una voz femenina de contralto demasiado aguda, «tendremos que preguntarle a mi cuñado. Mira, ahí viene...».

La audiencia jadeaba y se retorció como una bestia multicéfala en la oscuridad. Se veía cómo se movían los hombros; las cabezas se inclinaban hacia adelante y hacia atrás... «¡Cielos, el Fritz!», gritó alguien en el escenario, y la multitud de espectadores se rio, sus cuerpos parecían agitarse de la risa, arriba y abajo, arriba y abajo, se murmuraba...

—¡Qué extraño! —dijo Wolfgang—, fuera todo está sumido en un silencio sepulcral, la luna brilla y aquí dentro representan una vida aparente. Llegamos nosotros, no sabemos nada de la hipótesis de partida representada en el primer acto y nos quedamos tan serios.

Se hizo el silencio, la esquina del escenario brillantemente iluminada permanecía vacía; alguien debió de haber hecho al-

gún gesto que hizo reír al público, porque ahora todas las mujeres se rieron chillando agudamente mientras los hombres gruñían con aprobación. Se asomaron un poco más y a través del reflejo del cristal de la ventana entornada se podía reconocer confusamente el resto del escenario, que representaba una habitación empapelada de color amarillo y muebles pintados; un hombre que llevaba puesto un delantal verde hablaba allí con una robusta mujer de unos cuarenta años. Un viejo sillón de playa servía como concha de apuntador. «¡Vaya! Tiene que limpiar todo esto (de hecho, el hombre tenía una escoba en la mano), ¡y en cambio está haciéndole la pelota a las chicas! ¡Que tenga cuidado ese cantamañanas...!».—Aquí el público se rio—. «Ya me encargaré yo de aguarle la fiesta. ¡Aquí y aquí y ahí y ahí!».

El público se reía: «¡Jajá!». Y arriba el hombre, que hasta entonces había mantenido la cabeza inclinada con una bien fingida estolidez y en actitud de escuchar con ansiedad, recibió unas sonoras bofetadas en la cara... En ese momento subió una joven al escenario, y aquí creció el contento de la audiencia en un grado tan aterrador que los dos se apartaron involuntariamente de la ventana.

—¡El primer acto! —suspiró—. ¡Nos hemos perdido el primer acto!

—¡Este chico se quiere *remirar* el teatro! ¡Anda, a la cama! Y se fueron.

Mientras subían las escaleras, todavía podían escuchar las estentóreas risas de los excitados notables del lugar.

—Claire, ¿se divierten con nosotros esos ciudadanos practicantes de la agricultura? Me están sulfurando terriblemente.

—Sí, chiquito. Pero vamos a la cama.

Sus grandes sombras de hombros anchos bailaban en la pared pues la llama de la vela bailaba... Claire se paró frente al espejo y se soltó el cabello.